


Adaptación de
José Antonio Martínez



**Totus Plautus
(o casi)**

juven
teatro de papel

PERSONAJES

PSEUDOLO	criado de ALCESIMARCO
MERCURIO	dios
EUCLIÓN	viejo
ESTÁFILA	criada de EUCLIÓN
CÁSINA	criada de ALCMENA
SELENIA	hija de EUCLIÓN
ALCESIMARCO	joven
SOSIA	criado de ANFITRIÓN
ALCMENA	mujer de ANFITRIÓN
ANFITRIÓN	« <i>Miles Gloriosus</i> »
JÚPITER	dios

ESCENARIO

La acción transcurre en la Roma Imperial. Al fondo, las casas de ANFITRIÓN y de EUCLIÓN.

PRÓLOGO

PSEUDOLO, MERCURIO, JÚPITER

PSEUDOLO. ¡Salud a los mejores espectadores que acuden a los teatros, a este público maravilloso, amante del arte y del espectáculo; inteligente, sensible y generoso! (*Pausa.*) Si he dicho la verdad, hacédmelo saber con un sonoro aplauso. (*Realizando una reverencia.*) Gracias, gracias, gracias... Los que habéis comido, suerte que tenéis; los que no, saciaos de comedia hasta reventar. Quiero pedir os que seáis amables y prestéis atención a nuestra compañía. Por favor, que ningún niño venga a sentarse en el escenario... Acomodador, no dejes entrar a nadie cuando hayamos empezado. Y vosotras, «marujas», guardad silencio durante la representación, dejaos para casa los temas de cotilleo y así el tostón se lo dais a vuestros maridos.

Si estáis aquí, es porque os gustan las comedias antiguas. (*Bajando la voz, en tono confidencial.*) En confianza, las modernas que se estrenan ahora no les llegan ni a la suela de los zapatos. (*Vuelve a hablar normal.*) Nosotros, en cuanto supimos que

deseabais ver comedias de Plauto, como no sabíamos cuál ofrecer, decidimos preparar un surtido de lo más variado. Así es que desterrad de vuestro espíritu las preocupaciones y olvidaos de las deudas, de los fracasos amorosos y de los problemas laborales, porque la representación va a comenzar.

Supongamos que este escenario es Roma, al menos mientras representamos esta comedia. Ésta es la casa del viejo Euclión y ésta...

(Suena un ruido fuera de escena. PSEUDOLO mira en esa dirección y sale disparado por el lado opuesto, al tiempo que entra MERCURIO corriendo.)

MERCURIO. ¡Maldito charlatán! Este lacayo es dos cosas a la vez: una cotorra y un desvergonzado. ¡Casi no me deja nada que decir! ¡A mí, a todo un dios! Un poco más y el muy bribón os cuenta todo el argumento, y eso me toca a mí, que lo hago mucho mejor.

Como habéis podido suponer, soy el dios Mercurio y vengo de parte de Júpiter. Aunque él podría enviaros mil rayos y obligaros a hacer lo que quisiera, vengo en son de paz y os traigo de su parte la paz, porque tanto él como yo tememos las críticas, los tomates y demás verduras arrojadas. Y lo que os pide es que seáis comprensivos, dado que se dig-

na participar en una comedia, cuando lo lógico es que sólo aparezca en las tragedias. Así es que hoy vais a tener ese honor. De todas maneras, para evitar malos entendidos, hemos decidido denominarla «tragicomedia», ya que, como podréis comprobar, aparecen criados mezclados con dioses.

Finalmente, si queréis que os proporcione beneficios en vuestros negocios, si queréis que os consiga a vosotros y a los vuestros noticias buenas, si queréis que me esfuerce todo lo posible en que tengáis siempre copiosas y constantes ganancias, guardaréis silencio durante la representación y seréis jueces justos e imparciales. ¿Entendido?

Y ahora, prestadme atención, que, como era usual en el comienzo de las obras de Plauto, os voy a contar el argumento de esta tragicomedia...

(Suena un trueno.)

JÚPITER. *(Fuera.)* ¡Quieres darte prisa y acabar! ¡Va a hacerse de noche y ardo en deseos de yacer con Alcmena!

MERCURIO. Es él, Júpiter. Cuando pone el ojo en una hembra, la pasión lo domina y no se detiene hasta usufructuar totalmente su cuerpo. Ésa es, precisamente, la casa de Alcmena. Empezó a amarla a escondidas de su esposo, el militar Anfitrión, y ahora que él está ausente...

JÚPITER. ¡Mercurio, materialízate ahora mismo junto a mí!

MERCURIO. ¡Voy enseguida! (*Señalando la otra casa.*)
Y ahí al lado vive Euclión, el viejo lujurioso y avaro...

JÚPITER. ¡¡Mercurio!!

MERCURIO. Lo siento, he de irme; en otro momento os terminaré de contar el argumento. ¡Voy corriendo, papá!

(Sale de escena.)

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA: EUCLIÓN, ESTÁFILA

EUCLIÓN. (*Saliendo de casa.*) Sal, te digo; vamos, sal. Tienes que salir de casa, fisgona; deja de escudriñar cada rincón de la casa.

ESTÁFILA. ¿Por qué golpeas a una pobre desgraciada?

EUCLIÓN. Para que seas desgraciada de verdad y tengas una vejez digna de tu maldad.

ESTÁFILA. Pero... ¿qué he hecho? ¿Y por qué me haces salir de casa?

EUCLIÓN. ¿Voy a darte a ti explicaciones, arpía? Aléjate de la puerta. Más. Más. Más... ¡Deprisa! Por Hércules, que, si cojo una vara, te voy a hacer aligerar ese paso de tortuga. Aléjate todavía más, más... Te voy a arrancar esos ojos para que no puedas espiar más... ¡Ladrona!

ESTÁFILA. ¿Yo? ¿Ladrona, yo?

ESCENA SEGUNDA:
EUCLIÓN, ESTÁFILA Y SELENIA

SELENIA. (*Saliendo de la casa de EUCLIÓN.*) ¿Ya estamos otra vez?

ESTÁFILA. ¡Ay, ama, que tu padre se ha vuelto loco! No sé que chaladura le ha dado últimamente, que me echa de casa cuando menos se piensa.

EUCLIÓN. Hija, tengo que salir imperiosamente de casa. Vigila que esta bruja no se acerque a la puerta.

SELENIA. Pero, padre...

EUCLIÓN. O mejor, que vaya por agua. Sácale el cántaro. (*Entra la hija y, al instante, aparece con él.*) Yo vendré enseguida. Ojalá no tuviera que salir. Hija, vigila bien la casa.

ESTÁFILA. (*Aparte.*) Como los ladrones no se lleven las paredes. ¡Viejo avaro! Si no hay otra cosa en la casa que vacíos y telarañas.

(*Se va.*)

EUCLIÓN. Entra en casa, Selenia, y no se te ocurra dejar entrar a ningún extraño. ¡A nadie! Y te digo

más: si viniera la diosa Fortuna con una sonrisa de oreja a oreja, no le abras la puerta. (*Obliga a entrar a la hija. Aparte.*) De esta noche no pasa. Tengo que poner esa olla llena de oro a buen recaudo. Mi criada sospecha, y mi tesoro ya no está seguro escondido dentro de la casa.

ESCENA TERCERA:
EUCLIÓN, CÁSINA, PSEUDOLO

(Llega CÁSINA con un cesto lleno de verduras. Se encamina a la casa de su ama ALCMENA, esposa de ANFITRIÓN. El viejo se queda extasiado.)

EUCLIÓN. *(Al público.)* Sólo hay una cosa en el mundo que supera el amor: el dinero. Salvo esta maravilla, no es posible mencionar nada que tenga más sal y más encanto que el amor. *(Por CÁSINA.)* ¡Qué ganas tengo de abrazarla, qué ganas tengo de besarla, qué ganas de...! ¡Aummm! *(Se perfuma generosamente. Acercándose a ella.)* Salve, hermosa Cásina.

CÁSINA. Salve, anciano Euclión.

(Tose agobiada por el olor.)

EUCLIÓN. Di mejor «enamorado» Euclión.

(Intenta abrazarla, pero ella lo esquiva. Entonces, ve llegar a PSEUDOLO, quien se esconde. CÁSINA simula no verlo.)

CÁSINA. ¡Por Pólux, si fueras un caballo, serías indomable!

EUCLIÓN. ¿Por qué lo dices?

CÁSINA. Eres muy fogoso.

EUCLIÓN. ¿Quieres comprobarlo?

CÁSINA. No lo quieran los dioses.

EUCLIÓN. Quiero hablarte, abrazarte, besarte.

CÁSINA. Pues harás un disparate.

EUCLIÓN. ¿Por besar a una mujer a la que quiero?

(Se abalanza de nuevo sobre ella. A duras penas puede CÁSINA liberarse.)

CÁSINA. *(Enfadada.)* ¡Vil gusano, mosquito canoso, viejo desdentado!... ¿Te parece bonito, granuja, a tus años ir por ahí apestando a perfume y toqueteando a las jóvenes?

EUCLIÓN. *(Al público.)* Me ama. Sin duda, me ama. *(A ella.)* Te quiero, Cásina. ¡Oh, en cuanto te toco, me parece que estoy lamiendo miel!

CÁSINA. Pues cuidado no se te caigan los pocos dientes que te quedan.

EUCLIÓN. ¡Corazoncito, bomboncito, primaverita mía!

CÁSINA. *(Volviendo a escapar de sus garras.)* ¿Quieres dejar de embestirme? A las mujeres se nos convence de otra manera: con más ternura, con más consideración. Si se nos hacen regalos... de oro, por ejemplo, nos volvemos la mar de complacientes.

EUCLIÓN. *(Al público.)* Me lo temía. Tendré que aligerar el peso de la olla si quiero que se rinda a mis encantos. *(A ella.)* ¿También tú amas ese sonido metálico tan inconfundible?

CÁSINA. Cuando lo oigo a mi alrededor, cualquiera, por sucio, viejo y desgredado que sea, siempre me parece bello y hermoso.

EUCLIÓN. ¡Ay, picarona, picarona! Te daré todo lo que quieras, lo que me pidas; pero ahora dame un beso.

CÁSINA. No uno sino diez te daré.

EUCLIÓN. ¡Qué generosa! Ofreces más de lo que te piden. Así nunca dejarás de ser pobre, pichoncita.

(El viejo va a besarla emocionado, pero ella se escabulle.)

CÁSINA. «Te daré.» Los recibirás cuando tenga ante mis ojos ese hermoso metal.

(El viejo sonríe lujurioso, lanza un beso a CÁSINA y se va la mar de feliz.)

EUCLIÓN. *(Antes de salir, al público.)* Esta briboncilla me va a salir por un ojo de la cara. Pero... ¡es tan hermosa!

(Sale de escena. CÁSINA va a entrar en su casa, ignorando a PSEUDOLO.)

ESCENA CUARTA:
CÁSINA, PSEUDOLO

PSEUDOLO. Eh, Cásina, espera.

CÁSINA. ¿Quién me llama?

PSEUDOLO. Vuelve la cabeza y lo sabrás.

CÁSINA. ¿Quién es?

PSEUDOLO. Alguien que te desea multitud de bienes.

CÁSINA. Pues empieza a dármelos.

PSEUDOLO. (*Abrazándola por atrás.*) ¿Qué te parece este aperitivo?

CÁSINA. ¡Eh, me estás toqueteando con demasiado descaro! Quítame esas manos de encima.

PSEUDOLO. Si lo hago suavemente, dulcemente...

CÁSINA. No quiero tus caricias... ¡Y menos las que noto en mis nalgas! (*Apartándolo a golpes.*) ¿Qué es lo que quieres?

PSEUDOLO. (*Señalándose la pelvis.*) ¿No te lo imaginas?

CÁSINA. (*Simulando gimotear.*) ¿Por qué me tratas así? Soy una jovencita inocente.

PSEUDOLO. No me pareció eso hace un momento.

CÁSINA. ¿Quién te ha dado permiso para oír conversaciones privadas? Si alguien quiere hacerme un regalo, ¿voy a ser tan grosera de rechazarlo? Tienes

una mente retorcida. Me has enfadado. Me voy.
Que te vaya bien.

PSEUDOLO. Mejor me iría si te quedaras aquí.

CÁSINA. Salud.

PSEUDOLO. ¡No te vayas! (*Tosiendo.*) ¡Estoy muy malo!

(Vuelve a abrazarla.)

CÁSINA. Suéltame, por favor. Pero... ¡qué sobón!

(Logra quitárselo de encima.)

PSEUDOLO. ¿Adónde vas tan aprisa?

CÁSINA. A encerrarme y no salir más. Te has portado muy mal. Me tomas por quien no soy. Me hieres en lo más profundo del corazón.

PSEUDOLO. (*Arrodillándose.*) No, por favor. No prives al mundo de una visión tan delicada.

CÁSINA. Lo tengo decidido: no me verás nunca más.

PSEUDOLO. ¡Por favor, no! Haré lo que quieras, pero, por favor, déjanos contemplar a Venus cada día.

CÁSINA. Pues llámame tu gorrioncillo, tu gallina, tu codorniz, tu corderito, tu cabritilla, tu ternerito.

PSEUDOLO. Gorrioncillo, gallina, codorniz, corderito, cabritilla, ternerito.

CÁSINA. Patito, pichoncito, cachorrito, golondrina, caballito, sardinita...

PSEUDOLO. Patito, pichoncito, cachorrito, golondrina, caballito, sardinita...

CÁSINA. Cógeme de las orejitas, cierra los ojos, junta tus labios con los míos... *(Cuando PSEUDOLO se dispone a hacerlo, ella le introduce un nabo en la boca y corre a la puerta de la casa. Simulando enfado.)*
¿Pretendías aprovecharte de una joven virgen?

PSEUDOLO. ¡Maldita farsante!

CÁSINA. Pobrecito. Trataré esa boca mucho mejor si vuelves al anochecer.

(Riendo, se introduce dentro.)

PSEUDOLO. *(Escupiendo con asco.)* Tendrás que esforzarte. La has dejado a las puertas del Hades.